

Construyendo memoria y el lugar del testigo¹

Vera Vital Brasil*



Andando en tren recuerdo una sensación muy fuerte, de sentarme en el tren de espalda y saber (que mis padres estuvieron allí) por un tiempo, en un momento crítico, escondidos... Yo estaba en ese tren sentada de espalda, el paisaje venía de atrás hacia adelante y (me vi) buscando en aquellos muros los lugares por los cuales ellos pasaron, en los que ellos se escondían con mi hermana y mi hermano menor. Vi que esas marcas eran muy fuertes en mí y me fui dando cuenta de que ese pasado era lo que yo estaba buscando allí.

Hija de militantes políticos perseguidos
que vivieron en el exilio

Mientras los archivos fijan para siempre su contenido, la memoria se encarga de hacer y rehacer lo que evoca. La memoria es un acto de recreación del pasado en la realidad presente y proyecto hacia el futuro. La memoria se inserta en estas tres dimensiones del tiempo, presente, pasado y

futuro, indisociables de la vida humana. La memoria es, entonces, un movimiento que rescata un recuerdo, que reconoce el sentido que tuvo el suceso en el pasado para los actores sociales y que, por las urgencias del momento actual, intenta darle sentido al momento presente.

«En la búsqueda del sentido que tuvo el suceso en el pasado, éste se abre, actualizando a su vez la posibilidad misma del sentido en el presente» (Calveiro, 2005:20).

En los tiempos actuales, ya pasados alrededor de cuarenta años del período dictatorial en Brasil, aún pesa la ausencia de información, de registros. No se aclaró lo que ocurrió ni se crearon soportes sociales suficientes que pudieran estimular la ruptura del silencio.²

Al mismo tiempo, en la vida contemporánea hay una fuerte preocupación por los registros. Fotografías, películas y documentos marcan sucesos, eventos conmemorativos componen historias familiares, de organizaciones sociales. Proliferan archivos oficiales y privados. Hay un culto al pasado que cruza todos los sectores sociales a través de los medios, de

* Psicóloga clínica, miembro del equipo Tortura Nunca Mais de Río de Janeiro.

¹ Este artículo es una adaptación de «Efectos transgeneracionales del terrorismo del Estado: entre el silencio y la memoria», que corresponde a una parte de la investigación del GTNM/RJ sobre los efectos transgeneracionales del terrorismo del Estado, estudio realizado por los cuatro centros latinoamericanos CINTRAS, EATIP, SERSOC y GTNM/RJ en los marcos de un proyecto conjunto apoyado por la Unión Europea.

² En la política oficial de reparación prevaleció, claramente, el aspecto económico-financiero, en detrimento de la construcción de memoria, de creación de políticas públicas de asistencia a los afectados, de aclaración de los crímenes cometidos en el período de la dictadura militar y de juicio a los represores. Las políticas del olvido y la reconciliación predominan hasta hoy en el escenario brasileño, aunque algunas iniciativas en el ámbito del poder ejecutivo y del judicial han contribuido en los últimos años, aún de manera limitada e insuficiente, a ampliar el debate sobre el tema de la reparación.

la oferta de productos, intensificando la demanda de registros de varios tipos. Valorando y organizando estos registros, la vida contemporánea está empapada de esta «explosión» de memoria que se crea sin dejar de tomar en cuenta su relación con el mercado, con el consumo.

Podemos considerar esta incesante búsqueda de registros como una reacción a los rápidos cambios que se producen en un mundo en el que las tecnologías modernas alteran la relación del hombre con el tiempo. Como compensación a la aceleración del ritmo de la vida, los registros pueden vivirse como fuente de seguridad ante el temor y horror a la velocidad del tiempo, al olvido, a la inexistencia.

Estos dos procesos, uno que busca registrar lo que se desvanece con el tiempo y el exceso de memoria, son concomitantes y mantienen entre sí una tensión permanente.

La complejidad que plantea el tema de la temporalidad, ya no pensada en su forma lineal o en su aceleración, suscitada por el tema de la memoria, está apoyada por la *experiencia*. La experiencia de hoy se construye con base en la del pasado y apunta hacia un horizonte de expectativas futuras. Es en el punto de intersección entre presente y pasado donde tiene lugar la experiencia humana. Ésta incorpora vivencias propias y las que se le transmiten. «*El pasado puede condensarse o expandirse, según cómo se incorporen esas experiencias pasadas*» (Jelin, 2001:13).

Incorporaciones múltiples, con sentidos variados, van construyendo la diversidad de interpretaciones que componen las memorias y sus mutaciones, así como van construyendo tensiones entre ellas.

Estas formulaciones en el campo de la producción de memoria nos ayudan a pensar lo que constatamos en la clínica de los afectados por la violencia del Estado. Podemos verificar los mecanismos que señalan este exceso del pasado en el presente, exceso que produce fijaciones, que impiden o dificultan la experimentación de lo que se presenta en el plano del presente. Los frecuentes regresos al pasado, la compulsión por la repetición, la imposibilidad de separarse del objeto perdido, revelan esta fuerte fijación en el pasado que, a su vez, hace difícil el alejamiento necesario para la elaboración y construcción de la producción de sentido, de la memoria. El presente se ve invadido por el sufrimiento del pasado y le pone trabas al movimiento creativo de la vida.

En contrapartida, el movimiento de búsqueda de sentido de un suceso pasado está asociado a la posibilidad de *enlazar*, establecer *lazos* en lo que se fragmentó, se aisló, se disoció y se perdió con la experiencia brutal, disruptiva, ocurrida en el pasado.

El testimonio de una hija de sobrevivientes del terror, mencionado arriba, «andando en tren de espalda», con la sensación de vuelta al pasado y pensando en los sucesos de su familia en un momento de sus vidas, es una expresión singular de ese movimiento de crear y recrear una memoria de los terribles sucesos vividos por los padres, por los hermanos, por toda una generación.

Efectos del silenciamiento

¿Pero cómo tener acceso a los sucesos, si lo que predomina aún es el silencio, si lo que resta son fragmentos de recuerdos, restos de una expe-

riencia? ¿Si los soportes sociales de memoria -centros de memoria, publicaciones, estudios, archivos de la dictadura, testimonios- son escasos o incluso inexistentes en nuestro país? ¿Y si en los registros disponibles aún predomina la interpretación hegemónica, la de la historia oficial?

Es cierto que el terror ha marcado profundamente el conjunto de la sociedad. Todos hemos sido afectados y de distintos modos. Los efectos no se dieron de forma homogénea; algunos sectores, los opositores al régimen fueron afectados por la represión de forma más intensiva, así como en los días actuales los pobres son los más afectados (Kolker, 2009). La política del silenciamiento durante el régimen dictatorial se desplegó hacia toda la sociedad y en la clínica podemos verificar modos distintos de procesar la experiencia del silenciamiento, de darle respuesta al silencio impuesto.

No desconocemos la dificultad que tienen algunos para hablar: la turbulencia de afectos les impide transformar en palabras lo que vivieron. El recuerdo traumático muchas veces no puede asimilarse y transmitirse en palabras. La experiencia hiere, corta, separa. Se trata de experiencias intensas, sensoriales, disruptivas, que hacen difícil o impiden el acceso a la palabra. Gagnebin en sus escritos afirma, como otros autores dedicados al tema del Holocausto, que: «*Los supervivientes que volvieron de las trincheras volvieron mudos*» (2006:51).

Así como el recuerdo de los sucesos que provocaron situaciones disruptivas podrá invadir, penetrar el presente como un sinsentido, como marcas de silencio, huecos, la dificultad de hablar también podrá darse por

el temor a entrar en contacto con el recuerdo del terror vivido. Podrá haber palabras ausentes entre los que sobrevivieron, pero también podrán transmitir afectos, sensaciones a otros que estén cerca de ellos. Sin embargo, algo de las experiencias lacerantes permanece en el cuerpo, algo de recuerdo se queda.

Hay sucesos de los cuales no hay sobrevivientes y este límite marca efectivamente la capacidad de narrar y de construir memoria. Jeanne Marie Gagnebin, citando a Walter Benjamin en su tesis «Sobre o conceito da História», recupera una frase que nos ayuda a pensar la compleja relación que implica el acceso a los hechos del pasado: «*Articular históricamente el pasado no significa conocerlo 'tal como realmente fue'. Significa apoderarse de un recuerdo tal como centellea en un instante de peligro*» (2006:39).

Tal vez sea a partir de ese fragmento de recuerdo, de ese brillo al que Benjamin se refiere como una chispa que inquieta, un viaje en tren que pasa por caminos ya recorridos, como en el testimonio de la joven citada al inicio, que los afectados directos y las generaciones siguientes podrán apoderarse de la construcción de la memoria.

Así como el olvido sistemático es la pérdida de todo el sentido y puede conducir al aislamiento y a la locura, el ejercicio del recuerdo puede operar la recuperación del sentido o su reiteración. La conocida y popular frase «recordar es vivir» nos permite entender la dimensión que



experimenta nuestro cuerpo cuando revivimos la experiencia inscrita y, también, que el acto de recordar nos permite volver a vivir. Algunos sobrevivientes del terror experimentado en campos de concentración relatan que fue el impulso de querer decirle al mundo lo que vivieron allí lo que les permitió vivir.

Darle lugar a la palabra, a la creación de sentido

*...nos dejaron vivos para que
cumpliéramos un mandato*
Graciela Daleo

Fue con esa lucidez que los pocos sobrevivientes de los campos de concentración de Argentina se dieron cuenta de que, entre las artimañas perversas del terror, estaba la orden de difundir, irradiar, multiplicar el terror al hablar sobre la dolorosa experiencia. Reunidos en entidades de sobrevivientes³, inquietos con la culpa inducida socialmente, sumidos en preguntas sobre los motivos de estar vi-

vos y en libertad, pudieron entender finalmente el sentido de haber sido liberados y de su supervivencia. ¿Quiénes sino ellos, que vivieron el terror de los campos de concentración, serían los más adecuados para difundir mejor lo que pasó? La cruel estrategia de la represión ya no actuaba directamente sobre los cuerpos, golpeando a los opositores y/o haciéndolos desaparecer. Los relatos que, aún fragmentados, al principio eran oídos por los familiares y después por la sociedad, eran productos potenciales de efectos multiplicadores del terror.

Si por un lado narrar los horrores vividos podría ser un multiplicador del terror y conducir a la inmovilidad al divulgar las prácticas del terrorismo de Estado, por el otro callarse, silenciar, sería mantener los efectos aniquiladores de esas prácticas, perpetuar el horror. «*El 'no contar' la historia sirve para perpetuar la tiranía*» (Laub *apud* Jelin, 2001:82) y la elección de algunos sobrevivientes fue la del enfrentamiento al buscar el lugar de **testigo** del terrorismo de Estado, con una postura militante: «*el horror es éste pero puede enfrentarse, y hay que hacer algo, lo estamos haciendo nosotros que lo sufrimos, al denunciarlo*» (Daleo, 2001:109).

³ En este caso la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos que agrupa a personas cuya detención inicialmente fue negada por las autoridades durante períodos prolongados.

Este compromiso ético, político y social de sobrevivientes del terror, cuyo daño producido por la violencia del Estado es irreparable, es al mismo tiempo una manera de librarse del horror, de afirmación de una posición activa del afectado, así como una contribución valiosa a la construcción de la memoria, para ponerle un límite a la perversidad que aún se hace presente.

El silencio del Estado sobre lo ocurrido, silencio que intentó borrar e incluso anular los rastros de la existencia de los opositores, ha producido efectos múltiples y variados en los afectados directos, en sus descendientes y en el conjunto de la sociedad. Manifestaciones de desconocimiento sobre lo ocurrido, descalificación y desprecio y/o sentimiento de culpa ante el derecho a la reparación económica, deslegitimación de la vivencia, resentimiento, sensación de aniquilamiento, de desconfianza, entre otros, pueden ser identificados en el trabajo clínico. Puede concretarse en una fantasía de negación de los hechos: «*lo*

que pasó, no

pasó». (Kordon

& Edelman,

2007:101).

Puede ser también un modo

de gestión personal en determinados

momentos considerados

amenazadores,

como una tentativa

de ajuste a la sociedad, de

búsqueda de una vida adaptada a

los cánones del momento inmediatamente

posterior.

La fantasía de protección a través del silencio puede estar dirigida hacia sí mismo, o de familiares hacia sus descendientes. Sostenemos con Rodríguez y Espinoza que:

«desconocimiento de las historias personales de sus familiares unido al silencio familiar y social son elementos fundamentales que actúan en el proceso de construcción de una memoria política y pública de sus entes queridos. Esta falta de información puede también ser entendida como huecos en la memoria que impiden la elaboración de procesos traumáticos favoreciendo el enraizamiento de las pocas vivencias y recuerdos que tienen de sus cercanos» (2007:6).

En el contraste entre las condiciones inhumanas experimentadas y las normas de la moral predominante, el silencio puede, además, funcionar como estrategia de supervivencia, recurso consciente o inconsciente, y podrá mantenerse hasta que condiciones favorables -como el estímulo a la construcción de la memoria, los juicios a represores-, vale decir, situaciones que permitan la palabra, puedan desplegarse.

Al surgir la palabra desde quienes

guir describir tan sólo algunos elementos del ambiente, es decir, «*centellea en un instante de peligro»*, como nos dice Benjamin.

La palabra puede tomar rumbos diversos sobre aquello que sucedió y producir diferencias en el que testimonia: puede ampliar el escenario de lo ocurrido antes y del mismo suceso. El afectado, que antes pudiera haber ocupado la posición de víctima pasiva, puede reconducirse hacia la posición activa de aquel que construye memoria.

El lugar de testigo pudo ser conquistado por los que fueron marcados por el terror, condenados a no tener lugar social, rechazados por sus compañeros y por la sociedad. El testimonio, además de servir en los juicios como prueba jurídica, es fundamental en la construcción de la memoria. Le permite enfrentar el terror, decir lo que pasó y lo que lo llevó a luchar por una sociedad más justa, contra un Estado autoritario.

El testimonio realizado en primera persona, es decir, por los que vivieron directamente el hecho, se llama

testimonio de parte.

Sin embargo, la noción

de testigo también alude al que

escucha, al que presenci

ó o reconoció lo que dice

alguien sobre un suceso, en

el lugar de un tercero.

Quien escucha se convierte

en participante. En contrapartida,

si no hay escucha,

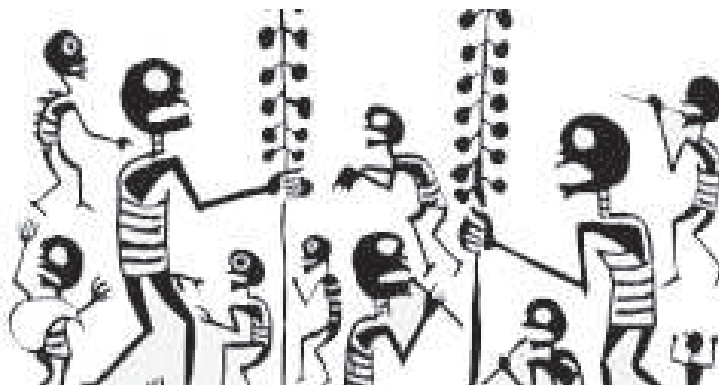
si no hay un otro al cual

dirigirse para expresar las

angustias y así poder

reconocer lo sucedido, se produce

una aniquilación de la narrativa.



vivieron el hecho, puede estar entrecortada en su narrativa debido a dificultades para recordar, puede presentarse de forma fragmentada, conse-

cha, si no hay un otro al cual dirigirse para expresar las angustias y así poder reconocer lo sucedido, se produce una aniquilación de la narrativa.

¿Habrá un lugar de testigo para las generaciones siguientes también afectadas por el terrorismo de Estado? ¿En qué medida otros actores sociales podrían llegar a ocupar este lugar especial de testigo en búsqueda de un límite?

Nora (*apud* Jelin, 2001), un estudioso del tema de la memoria, en su obra sobre los *lugares de memoria*, presenta la noción de *generación* como un lugar de memoria. Compartiendo valores, experiencias, los actores se vuelven testigos de su propia acción.

El testimonio que sigue nos da la dimensión de que a los descendientes les está reservado un lugar de memoria:

«Mi padre sobrevivió por un pelo en 1977, éramos una familia que siempre parecía vivir por un pelo. (...) En casa siempre se dijo todo, nunca se dejó de ver una película debido a alguna escena de violencia y nunca se dejó de contar la historia de la familia. (...) (Una) familia que sólo existe porque judíos rusos (sobrevivieron), un sobreviviente por un lado, otro (único) sobreviviente por el otro. (...) Para mí es muy importante tener a alguien vivo para poder contar una historia, para poder recordar la historia. Pienso que, de cierta forma, fue lo que hicieron mis padres, sobrevivir, salir del país para sobrevivir. Ellos nunca me lo dijeron, pero me parece que alguien tiene que sobrar vivo para contar la historia».

«Sobrar» vivo, ser un testigo de su tiempo y del tiempo de los demás antepasados. Contar la historia de lo que le pasó a él y a los demás parece que es una especie de compromiso asumido en esta familia cuyas experiencias de destierros, rupturas y fragmentaciones se repiten.

En sus estudios sobre la invisibilidad del genocidio armenio y sus consecuencias, Gagnebin nos re-

cuerda un lugar especial: el de quien escucha, e introduce la noción de *testigo ampliado*. Un lugar distinto al mencionado en «Los hundidos y los salvados» por Primo Levi, quien refiere una pesadilla común que perseguía a los sobrevivientes, en la que intentan contar sobre el terror y los que están alrededor se van, no quieren saber nada, no soportan oírlo, provocando la angustia de no poder transmitir lo que quedó del suceso. Un lugar de testigo que no se confunde con el testigo directo, sino el del que:

«consigue oír la narración insoportable del otro y (...) acepta que sus palabras lleven hacia adelante, como en una carrera de postas, la historia del otro: no por culpabilidad ni compasión, sino porque sólo la transmisión simbólica, asumida a pesar y a causa del sufrimiento indecible, sólo esta recuperación reflexiva del pasado puede ayudarnos a no repetirlo infinitamente, sino osar esbozar otra historia, inventar el presente» (Gagnebin, 2006:57).

Al abrirse el camino del diálogo entre quien habla, testimonian-



do esas trágicas experiencias, y quien escucha, aparecen referencias, nombres, datos; está en curso el proceso de producción de sentido, de construcción de memoria. Es en esa rela-

ción entre el testigo y quien escucha activamente, interviniendo, preguntando, que podrá construirse un sentido para aquella experiencia, para una nueva percepción, un sentido de algo nuevo, productor de diferencias. Así, el lugar del testigo puede ser ocupado por terapeutas, por analistas y por todos los interesados en contribuir a ponerle un límite al terror, inventando el presente, apuntando hacia un «nunca más».

Referencias

- Calveiro, P. (2005) *Política y/o violencia: una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- CINTRAS, EATIP, GTNM/RJ y SERSOC (Ed.) (2009) *Daño transgeneracional: Consecuencias de la represión política en el Cono Sur*. Santiago.
- Daleo, G. (2001) Nosotros los testigos. En *Norma Fernández (Comp.) 25 años después*. 5. Buenos Aires: Revista Milenio.
- Gagnebin, J.M. (2006) *Lembrar escrever esquecer* São Paulo: Editora 34.
- Jelin, E. (2001) *Los trabajos de la Memoria* Madrid: Siglo Veintiuno.
- Rodríguez, C. y Espinoza, A. La memoria enquistada: un acercamiento al trauma transgeneracional. En *Reflexión 33:4-8*.
- Kolker, T. (2009) Problematizaciones clínico-políticas acerca de la permanencia y transmisión transgeneracional de los daños causados por el terrorismo de Estado. En CINTRAS, EATIP, GTNM/RJ y SERSOC (Ed.) *Daño transgeneracional: Consecuencias de la represión política en el Cono Sur*. Santiago: CINTRAS.
- Kordon, D. y Edelman, L. (2007) *Por-venires de la Memoria. Efectos Psicológicos Multigeneracionales de la Represión de la Dictadura: Hijos de Desaparecidos*, Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.